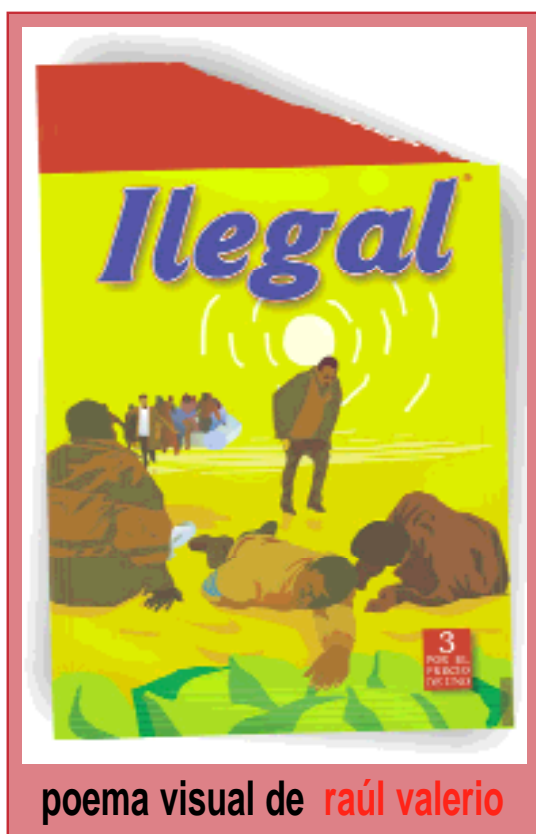




* «LUNAS ROJAS (3_b)»: # jorge juan martínez: el ayuno # virgilio tortosa: once de septiembre y manhattan al fondo # antonio orihuela: las siete muertes de durruti # josé luis ángeles: parábola del führer # marcos taracido: de construcción de la guarida # julia lópez de briñas: aquí: la hiedra #



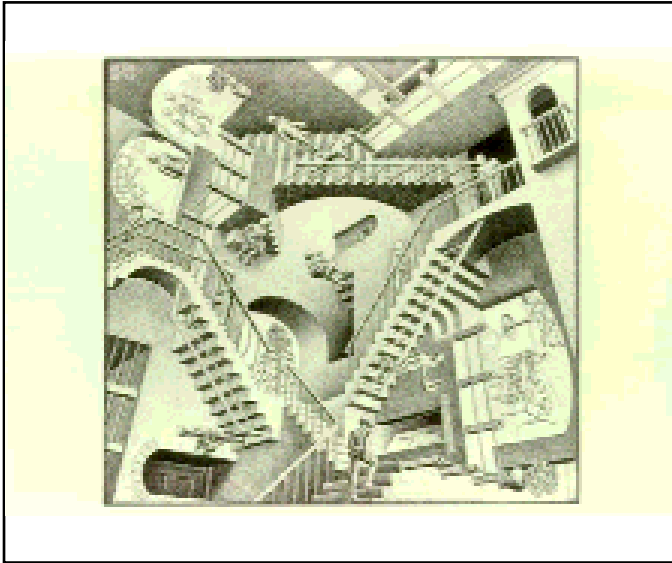
poema visual de raúl valerio

EL AYUNO

Jorge Juan Martínez

Tato decide hoy dejar de comer. Lo viene haciendo con regularidad desde hace más de treinta años. Un par de veces al día cuando menos. Así que se pregunta qué va a pasar con su cuerpo. Y sobre todo con su cabeza. Es esto último en realidad lo que le interesa. Pues ha estudiado al pormenor los síntomas de la inanición y sabe cuáles son las lacras con que se manifiesta en el cuerpo humano; mas no en la mente. Desconoce los fantasmas que aletean por el cerebro de un hambriento y es a ellos a los que desea acceder. Piensa, para apoyar su decisión, en los niños; en esos montones de niños famélicos que se arrastran ante sus ojos por las pantallas de los televisores desde que tiene uso de razón. Se ha apiadado tantas veces de ellos, de las cartas marcadas de su destino, que la habitual conmiseración deviene un día del todo insuficiente. Quiere sentirse como ellos, necesita saber, ser una de esas víctimas; pasar por todas y cada una de las paradas de su calvario para poder contarlo luego. Narrar el sufrimiento de modo minucioso, hacer de éste una forma de conocimiento. Tato no persigue la gloria ni el laudo de sus semejantes. Al contrario, la mayor parte de sus amigos o conocidos, de saber su decisión, le tomarían por enajenado; aunque eso no le preocupa en absoluto. Tato adopta las medidas oportunas e inicia la prueba.

Durante los tres primeros días resuelve moverse lo indispensable. Permanece echado sobre la cama con la vista fija en el techo de la habitación. Rechaza la lectura y el visionado de la televisión, pues esto no haría sino generar tentaciones que hicieran tambalear la firmeza de su resolución. Así bebe agua con una pizca de azúcar diluido, camina por el pasillo a intervalos regulares a fin de no anquilosarse y hace sus necesidades cada vez más exiguas en el retrete. Al cuarto día, la desesperación le conduce sin sorpresa hasta el frigorífico de la casa para descubrir que no hay allí nada que llevarse a la boca. Prueba conseguida. Hizo bien vaciando el aparato de todo residuo alimenticio susceptible de ser roído o chupado. Bebe agua hasta atracarse, si bien eso no hace más que acentuar el persistente rírrafe de tripas que lleva padeciendo desde hace treinta y seis horas. Se mira al espejo con un punto de orgullo, tal vez haya perdido un par de kilos; pero su estado físico no es en absoluto doliente. Aún consigue flexionar las rodillas para poner el cuerpo en ángulo recto y doblar el tronco hasta tocarse los pies con la punta de los dedos de las manos. Regresa a la cama y pasa el resto de la jornada entre pesadillas alimentarias. La mañana del quinto día la dedica a hacer anotaciones en su diario, siente próximos los fantasmas del hambre, los convoca y explora con sus palabras romas hasta que el agotamiento le hace abandonar su empresa. Por la tarde, Tato cae presa de la voluptuosidad, su terco rijo le lleva a masturbarse cinco veces aun a sabiendas de que está dilapidando sus reservas naturales de un modo lamentable. Pero no puede evitarlo, las mujeres de su vida y las que alguna vez deseó que lo hubieran sido pasan frente a sus ojos desorbitados contoneándose y dedicándole carantoñas obscenas. Cuando intenta masturbarse por sexta vez, el miembro no responde a sus caricias; parece una iguana desfallecida entre sus piernas. No le queda pues semen que malbaratar y sus deyecciones, de por sí acuosas, alcanzan la mínima expresión. Llegado el sexto día, Tato suprime los paseos y las flexiones, de su sexo ni se acuerda; su reserva energética acaba de encenderse. Para colmo de males, el azúcar amenaza con agotarse pues esta mañana lo succionó a manos llenas en un momento de obnubilación. Está a punto de



atravesar el primer umbral de resistencia y lo sabe. La paradoja es que carece de energías para dejar constancia escrita de ello. Los pensamientos de una lucidez salvaje que le acompañaron durante los días y noches anteriores se han visto progresivamente atenuados hasta conducirle a un estado lindante a la idiocia que se resuelve en un sueño profundo y pavoroso por su semejanza con el de la muerte.

El séptimo día, Tato resuelve salir a la calle. La experiencia ya ha durado una semana y carece de voluntad para prolongarla más allá de su actual condición. Es más, teme que hacerlo significara poner en peligro su propia vida y él no es ningún temerario. El problema es que, en su fanatismo

preparatorio, había hecho desaparecer de su hogar teléfono, fax, ordenador y, en definitiva, cortado cualquier vínculo comunicativo con el mundo exterior. Así que, si quiere procurarse alimentos, debe abandonar la casa a la fuerza. Al acceder al rellano, observa que el ascensor está estropeado, de modo que baja a pie los siete pisos. Las piernas le flaquean a la altura del tercero; pero se rehace, gana el patio con buen ánimo y luego la calle. El bar de la esquina se encuentra cerrado, Tato deduce que hoy es domingo y se maldice por su falta de previsión. Camina como un zombi hacia el centro de la ciudad, todos los establecimientos que encuentra a su paso están cerrados igualmente. La ciudad entera parece haber sido víctima de un súbito abandono y él un espectro que se arrastra por sus avenidas desérticas en busca de alimento. Recuerda entonces con dolor que además de domingo, es agosto. Sus conciudadanos sin duda han partido en búsqueda del paraíso vacacional en donde deben estar ahora mismo atracándose de ricos manjares y bebidas espirituosas mientras Tato padece los rigores de su ayuno voluntario en soledad.

Sigue caminando, aunque nota cómo los tobillos se le hinchan y las piernas apenas responden a los mandatos de su voluntad. Renquea por cinco minutos más hasta alcanzar un parque y se sienta en un banquito a la sombra de una palmera. Al poco, un aroma la inunda las fosas nasales repentino y feroz aun en su lejanía. Tato ventea enfebrecido: es comida, mucho más que eso, es carne de vaca asada. Se levanta tambaleante y no tarda en distinguir a unos doscientos metros la fachada de un céntrico local de comidas rápidas de una multinacional norteamericana. Abierto. La boca se le llena de saliva y está a punto de tener una erección. Siempre ha odiado aquel tipo de cadenas, pero ahora eso es lo de menos. Recorre la distancia que le separa de la salvación a pequeños saltos tratando de imaginar la hilera de hamburguesas redondas y grasientas que le aguarda a pocos pasos, las patatas fritas con kechup y mostaza, la coca-cola descendiendo gluglú en cascada por su esófago. Esa concatenación de imágenes promisorias le ayudan a soportar los pinchazos que le lancinan los tobillos, hinchados al punto que se ha sacado las botas abandonándolas en el parque. Cuando ya sólo le restan diez metros para llegar a la puerta del establecimiento, un terror frío le invade las sienas. Se apoya en una pared y registra sus bolsillos con gestos primero mecánicos, a manotazos desesperados al cabo: no lleva encima la cartera. La ha extraviado o, tal vez peor, la ha olvidado en su casa. Salió a la calle con tanta prisa que olvidó lo más importante. Ni siquiera dispone de un par de monedas para llamar desde una cabina a algún amigo que, caso de dar con él en pleno periodo vacacional, pudiera acudir en su auxilio. Tato experimenta unas terribles ganas

de llorar, pero se muerde los labios y retiene el líquido que intuye puede hacerle falta. Se deja caer en la acera de la calle y permanece por quince minutos en estado estuporoso hasta concebir lo que se le antoja una excelente idea. Entrará en el establecimiento, explicará sin más su situación y demandará ayuda con la promesa de volver al día siguiente a abonar su consumición junto con una gratificación suplementaria. Y, si por una de esas, su petición no es atendida, entonces solicitará que, por caridad, le donen algo como limosna. Lo que sea. Cortezas, peladuras, desperdicios. Si consigue deglutir algún alimento sólido, Tato está convencido de que reunirá las energías suficientes para volver a casa, recuperar su cartera y todo se arreglará. Pensado y hecho, se pone en pie, renquea hasta el local, empuja la puerta sin resultado. Lo intenta de nuevo descargando todo su peso sobre la hoja de cristal, pero ésta tampoco cede ahora. Al principio, Tato piensa que la puerta está atrancada o que sus fuerzas son tan escasas que no logra moverla. En ese caso, piensa jubiloso, únicamente debe aguardar a que algún cliente entre o salga para alcanzar su objetivo. Sin embargo, al alzar la vista un instante, descubre la verdadera causa de esa inmovilidad pertinaz. Un torvo guarda de seguridad vestido de azul celeste mantiene un pie apoyado contra el quicio de la puerta y agita una porra frente a sus ojos haciéndole señas ostensibles para que se aleje de allí. Perplejo, Tato le contempla con el rostro desencajado, prueba a comunicarse con él. Las palabras apenas emergen de su garganta y debe recurrir a los gestos. Se lleva las manos a la boca, se acaricia entre lascivo y afligido la barriga; nada de eso parece conmover al guarda de seguridad que, exasperado, abre la puerta de un tirón, le menta a la madre y le grita que se aleje de allí antes de que saque la porra a dar un paseo. Unos pocos adolescentes se carcajean de la situación a sus espaldas y el guarda, envalentonado, le empuja con la palma de la mano abierta sobre el pecho. Tato retrocede por efecto del empujón, trastabillea y cae de culo sobre un macetero municipal. Las risas de los chicos arrecian otra vez y el guarda se despide de él con la amenaza de un duro correctivo si no ceja en sus intenciones.

Tato procura ponerse en pie sin conseguirlo yendo a dar otra vez contra el macetero. Le castañetean los dientes y siente cómo un alarido inhumano asciende desde lo más hondo de su cuerpo para repartirse en forma de dolor y humillación por todos los rincones de su cerebro. Por varios minutos pierde la facultad de pensar y la rabia ocupa todo su horizonte consciente. Una rabia animal que excluye cualquier matiz o gradación. Experimenta como nunca antes los más intensos deseos de asesinar a sus victimarios; sabe que carece de los medios para hacerlo. Permanece quieto en el suelo por media hora más y, poco a poco, un nuevo plan va tomando forma en su mente obsesionada. Tato observa con atención el tráfico de clientes, la mayoría jóvenes, que penetra en el establecimiento y lo abandona tras haberse despachado a su gusto quién sabe cuántísimas hamburguesas. Algunos de ellos salen del local aún dando bocados y sorbiendo sus refrescos, los hay incluso que transportan su comida en bolsas para consumirlas en otro lugar. A tenor de ello, Tato hace acopio de fuerzas, toma impulso, vuelve a ponerse en pie con un esfuerzo descomunal y se abalanza como una corrupia en pos de la hamburguesa que una chica porta en sus manos nada más cruzar la puerta. Logra arrebatársela de un tirón y consigue darle un par de dentelladas antes de que uno de los acompañantes masculinos de la chica se la arranque de las mandíbulas con un puñetazo. El guarda de seguridad, que ha visto su acción desde el local, sale del mismo a la carrera y se suma al diluvio de puños airados y luego botas que le miden el cuerpo con sus punteras en una danza tribal que parece no tener fin.

Cuando se cansan de zurrarle la badana, Tato consigue reptar hasta un callejón anexo y aguarda allí sangrando a que se produzca la segunda parte de su plan, esto es, la llegada de la policía; sin embargo, nadie parece haber denunciado el hecho a las autoridades. Nadie va a detenerle,

introducir su cuerpo en el rectángulo salvador de un vehículo celular y conducirlo a una comisaría donde ser alimentado hasta saciarse. Nadie. Tato expulsa un chorro de babas rojizas, se apretuja contra la pared del callejón de servicio, llora entre espasmos durante varios minutos antes de caer en una inconsciencia densa y espumeante. Un naufrago a quien cubren las olas hasta engullirlo.

Al día siguiente, despierta manchado de sangre y cubierto de mugre, hecho un gurrúño en un rincón del callejón. Los párpados le pesan como bulbos y está tiritando de fiebre pese a la temperatura estival. Aun así, distingue un penetrante aroma a orines impregnando sus ropas. ¿Acaso alguien le ha meado encima mientras dormía? Tato no quiere pensar en ello por ahora. Aguza la mirada y distingue a lo lejos las piernas de los transeúntes pasando frente a sus ojos en una carrera enceguecida hacia ningún lugar. ¿Adónde van? ¿Qué oscuro designio guía sus pasos? ¿Es que ninguno de ellos le ve? Procura facilitarles este sencillo objetivo, gatea hasta el extremo del sucio callejón y, una vez allí, se revuelve sobre sí mismo con una acalambrada contorsión y consigue al fin sentarse con la espalda contra la pared. Se siente horriblemente mareado y el olor a orín ya le habría hecho vomitar si tuviera con qué. A su debilidad y su rugir de tripas uniforme se une ahora una sed inopinada que le abrasa el gástrico. Está a punto de atravesar el último umbral de resistencia y, más allá de éste, intuye lo que le aguarda. Las piernas ya apenas consiguen resistir su peso, pero su cerebro rebulle a buen ritmo. Así la desesperación o un último resto de adrenalina le hacen levantarse y caminar descoyuntado como un espantajo de guiñol los doscientos metros que le separan del parque. Localiza allí una fuente pública y con una fuerza que ya no es sino fe presiona el mando del grifo. La cañería debe estar obstruida, pues apenas caen unas pocas gotas. Tato localiza un adoquín en el suelo, lo agarra y golpea el grifo hasta desollarse la mano sin conseguir que el caudal aumente de modo perceptible. Por fin, arroja la piedra a un lado, se precipita sobre el caño y lengüetea esa mínima ración de líquido durante unos segundos. El sol le lanza azufre en las pupilas cuando levanta la cabeza, los oídos le zumban y, tras dar un par de pasos, se derrumba desfallecido.

Frente a sus ojos, una hilera de hormigas portea con la tenacidad propia de su especie unos granos de arroz. Para hacerlo, deben sortear la piedra que utilizó en su ataque contra la fuente y que ahora tiene al alcance de la mano. Tato intenta incorporarse, pero el esfuerzo le supera y se deja caer de bruces otra vez. Observa un rato a las hormigas en su brega y vuelve a sumirse en la inconsciencia. Un golpeo rítmico le despierta quién sabe cuántos minutos más tarde; alguien está pegándole con la punta del pie en un costado. "He encontrado a un señor", afirma una voz infantil, "he encontrado a un señor". Tato gira la cabeza hacia un niño que se inclina sobre él con un bollo y una chocolatina en la mano. Se incorpora con un crujido de huesos que maravilla al niño por su sonoridad y a Tato por su ausencia de dolor. El rostro del niño se le desdibuja a Tato en los ojos, aunque percibe con claridad el olor lacerante del bollo y del chocolate. No piensa en absoluto, más bien la idea cruza por su cerebro con la rapidez de una descarga eléctrica y él no hace sino plegarse a su consecución como un autómatas. Alarga con enorme esfuerzo un brazo hasta el adoquín, afianza su mano sobre la piedra y la eleva con un gesto titánico a la altura de sus ojos. Acto seguido, la descarga sobre la cabeza del niño, que hace crac y expele un chorro de sangre caliente. El chico se tambalea y cae inerte sobre la hierba mientras Tato se arrastra hasta el bollo y consigue llevárselo a los labios. No le importa que esté manchado de tierra. Tampoco de sangre. Ahora sabe, al fin sabe, mientras sus dientes triturán la vianda, los ojos fijos en la chocolatina que ha rodado hasta el parterre más cercano a su posición y que con apenas un par de movimientos coordinados pronto podrá alcanzar para conducirla hasta su boca abierta como una herida.

ONCE DE SEPTIEMBRE Y MANHATTAN AL FONDO / DURANTE EL DILUVIO DE BABELS GEMELAS /

Virgilio Tortosa

La anchura de un siglo ceñida a la apenas longitud de una hora
 escasamente puntual como cada mañana el despertador:
 del Maine a las Torres Gemelas tan sólo unos pocos minutos de verticalidad horizontal;
 once de septiembre y Manhattan al fondo;
 el hombre en su soberbia humana (los diarios no lo contarán) quiso rascar el cielo
 en una babel de la jactancia ultramoderna y señalando
 a Dios con su altanería dolarizada
 señalando arriba hacia las tinieblas
 donde los brokers se parten el espinazo por rentabilizar el nudo de sus corbatas
 donde ejecutivos de la United States se frotan sus manos archiproductivas,
 y tan de repente casi simultáneo Manhattan y Washington oscureciendo al amanecer
 legiones de cristal y argamasa cayendo, metales que no son oro y cemento hundiéndose
 a sus pies, caen en una verticalidad de guillotinas y vértigo
 cuando les pillan con el paso cambiado a miles y miles de elegidos
 de una isla en medio de su océano mientras ensayan la función
 de su nuevo día en la rutina de los amaneceres que ya nunca serán iguales
 porque el sol no bautiza con la misma intensidad sus sombras petrificadas,
 y de aquí partiremos hacia el definitivamente bautizado siglo XXI;
 y miles de víctimas ya nunca sabrán de la verticalidad de la caída, del horror de la huida,
 de los gritos, del terror, de los aspavientos de las cámaras de televisión
 censurando, filmando, produciendo imágenes filtradas previamente,
 reproduciendo este amanecer de caídas y desperezos otoñales prematuramente
 madrugadores
 de los saltos en caída libre a cuatrocientos metros de altitud sobre el nivel del mar
 del estropicio de la carne al quemarse junto al plástico, de la sangre en su ausencia
 de los cadáveres agolpándose también en su ausencia de muertos inencontrables
 del dolor de los elegidos porque de ellos será el reino de la muerte
 de los cascotes en su derribo de la demolición sin grúas,
 miles de víctimas horizontales sin saber la buena nueva sin anuncio previo ni preparación
 para su viaje definitivo
 miles de víctimas sin oler su propia tragedia de acero y fragilidad acristalada
 sin el sermón del día después y las tinieblas a la espera
 miles de víctimas desconociendo su entrada en el milenio venidero
 y abandonados a la desesperanza del cielo tras su súbita caída
 en los infiernos de un once de septiembre;
 desconcierto, polvo, estrépito de rugidos peor que un terremoto peor que cualquiera
 de las pesadillas de Hollywood y televisada
 en hora de gran audiencia en el viejo continente
 y mucho peor que cualquier acto de guerra desde la primera hasta la última allá por Irak

tanto peor que la macedonia de la ex-yugoslavia,
y Wall Street desfalleciendo por la ausencia de otras leyes sino el caos originario
porque también Dios supo emplear su voluntad contra la soberbia humana
y después del diluvio toda la tierra tenía, como era natural, una sola lengua
en forma inglesa de norteamérica porque fue la prometida, tierra y lengua,
y qué clase de soberbia llevaría a querer los hombres alcanzar la grandeza de altura divina
llegar diariamente y en horario de oficinas a las puertas del cielo o paraíso que fue
finalmente infierno que de vertical congela las arterias
tan arrogante apuntalando el cielo y sin pestañear durante décadas
pero no hay nada eterno y esa espera de torre erecta petrificada por la risa
de Broadway, hoy lo sabemos porque mañana los diarios se harán eco
no es más que la antesala durmiente de una nueva dispersión noélica;
para cuando los dioses se desperecen;
pero está escrito y en nombre de Dios el jefe supremo proferirá el ojo por ojo
y el diente por diente sin importar mucho de quién sea el ojo o el diente
porque bienaventurados los pacíficos de corazón pues éstos, sobre todo éstos,
llegaran antes y se asegurarán un puesto a la diestra del señor;
divisiones aerotransportadas en cualquier lugar del mundo, no importa
o del imperio dispuestas
a cumplir con la lección magistral del pueblo voluntarioso y elegido
y el gran jefe apareciendo tardíamente ante su pulpito de guardaespaldas
que ha ido a la deriva por su territorio estrellado durante horas de huida y
cobardías, proferirá:
«ahora que nos han declarado la guerra, lideraremos al mundo a la victoria final»,
«tenemos que salvamos a nosotros mismos de la terrible tragedia que asola al pueblo
americano»;
sangre, sudor y lágrimas, el paraíso no es para los contemplativos ni para los rezagados
en la lucha del alma y de las pistolas;
un paisaje quebrado y sumido en el caos, un plus de cascotes y una montaña de lodo,
y la Estatua de la Libertad contemplando al fondo impertérrita, en medio del humo
de la pesadilla,
el espectáculo mediático aun a su pesar de tamaña frontalidad
siglo XXI nacido y ya explotado desde esa línea del cielo que marcara la divisoria
catastrófica
entre el paraíso y el propio infierno
tan lejos pero tan cercano;
«no es posible, no es posible» dicen absortos quienes las miraban enfatizando el poder
ahí estaban hasta hace un rato
gentes hollinadas del terror y corriendo sin mirar hacia atrás:
cascotes entretejidos, campo de batalla en el centro de la civilización refinada,
columnata de humo como chimeneas de puro habano, derribo sin licencia
perplejidad en el paraíso como por sentimiento de guerra
superación de la realidad con creces frente a tanta ficción porque ésa siempre fue mayor
y más espeluznante que aquélla;
río Hudson que lame la deshonra y el martirio al solidarizarse impertérrito con el humo
del polvo y del lodazal en una nebulosa de tensiones mal disfrazadas;
«cobardes desconocidos» dice el jefe mientras huye despavorido en su Air Force One
en busca de refugio o bunker según la cohorte de generales de seguridad
y mientras el escenario de la guerra en el centro puro de la civilización

en el día más negro la hora más larga
 para cuando el cielo fueron dos proyectiles cruzando la isla de Manhattan
 una puerta por primera vez abriéndose para mostrar un otro paraíso,
 rabia de Dios o dólares enrabetados tanto da;
 el caso es que el Puente de Brooklin mira atónito y el de Manhattan le dice impertérito
 cortar el mal de raíz
 ratonera humana de lodazales
 Nadie duerme por el cielo, nadie, nadie
 Nadie duerme esta pesadilla de cascotes y tonelajes
 desde la luna se huele a tragedia de los hombres
 y volverán las iguanas a morder a los hombres sin sueño
 al tiempo que el que huye presa del pánico encontrará en cualquier esquina
 al cocodrilo paralizado bajo la áspera torpeza de los cielos
 Nadie duerme por el mundo, nadie, nadie
 ni tan siquiera hoy tú García Lorca
 Nadie duerme nadie en lugar alguno
 los muertos todos tienen en el día de hoy atravesado el espinazo con una
 salva de cristales rotos
 y ningún cementerio aguarda sus despojos ya no nunca más
 porque a sus pies condensan un paisaje desecado y arruinado
 y los niños que aguardan en las guarderías a unos padres que ya nunca volverán
 pero no hubo ninguna necesidad de llamar a los ladridos de los perros para acallar
 el último llanto infantil porque nunca cesara ya
 que si de sueño habláramos alguna tripa allá adentro se ha averiado definitivamente
 intestinal en sus retortijones
 en criaturas que siempre preguntarán como árbol descuajado;
 sonámbulo viviría cualquier habitante de New York
 una caída de rascacielos gemelos arrastrando con sus cimientos el derrumbe de los días
 derramando la tierra húmeda en los aguaceros que vendrán
 pues no cabe olvido ni sueño en carne viva porque el dolor se alimenta de su descanso
 y quien plagia a la muerte no logrará sacudírsela cien años viva
 y ya no gozaremos de la resurrección de las mariposas porque sus alas se han teñido
 de aflicción por el luto ajeno
 pues no hay puentes sobre los que huir ni río por el que deslizarse el agua no hay aire
 por el que revolotear libremente
 Nadie hay dispuesto al sueño de los justos y sin embargo son millones quienes cierran
 sus ojos a la espera de un sueño que semeje una pesadilla
 Nadie duerme por el mundo porque no hay mundo ni nadie que duerma durante
 la explosión de imágenes repetidas y servidas a ráfagas
 y a miles de seres les ha crecido musgo en las sienas abandonados a su suerte
 bajo la luna de Manhattan donde el veneno y la calavera representan
 su peor tragedia;
 en nombre de Dios y para negación de Alá que son lo mismo
 y bajo la hégira de la diosa negra de la chispa de la vida cafeínica
 lo que se pueda nombrar es nada comparado con toneladas de cascotes
 y amasijos humanos;
 las dos horas más repetitivamente reiteradas de la historia como si de una película local
 y contemporánea se tratara y con toda clase de efectos especiales, globales,
 la película más sofisticada de cuantas se proyectaran sobre cualquier guerra

más larga más duradera que cualquier film de guerra;
y el pánico sin poder dejar indiferente cuando su representación resulta demoledora
como dos torres gemelas
todo todo devastado, incluido el viejo orden reinante
y del nuevo nace por momentos la rabia y el lamento de los cobardes
ahora que ya es tarde
el dolor universal asfixiado bajo el peso del espectáculo
miles de veces repetidos con rascacielos idénticos derrumbándose
demoledoramente eternos y desde diferentes ángulos de cámara
¡mira esta otra nueva toma si cabe más original!
bien que el sufrimiento individual sea perseguido y escrupulosamente borrado
mucho que sea la espectacularidad como buena película de Hollywood
una espectacularidad universal como película factura a conciencia de pueblo
pues ellos nos enseñaron a posar la mirada sobre lo sanguinolento
la sangre de cristo derramada en cáliz de plata a la espera de boca que adorar
de las imágenes ahora abortadas ahora desaparecidas de cualquier monitor
ahora olvidadas y ellos nos enseñaron a interpretarlas, nos enseñaron
a mostrarlas a amarlas nos enseñaron donde quiera que nos hallemos
nos enseñaron a beberlas a digerirlas
nos enseñaron a copularlas;
un terror desatado de especie nos aglutina al tiempo que miramos hacia arriba
los gestos del divino,
víboras alimentando con leche y mordedura de veneno letal
mientras el tío Sam se pone justiciero a ojos del mundo
y las lágrimas enfriarán los escombros aledaños al río Hudson para fundirse en el agua
salada del Pacífico que conserva mal que le pese su nombre y sobre la isla de Manhattan
hay rumor de guerra en Wall Street, los dados y las espadas en el aire sobre Manhattan
Bin Laden «muerto o vivo, se busca»
y partirán escuadrones de la muerte en su misión justiciera y divina
en nombre de Dios una vez más porque no es imparcial
y por los clavos de Cristo que la nueva cruzada por Alá está en marcha;
así es que cuando te pregunten, amor, qué hizo usted el día del derrumbe
ya tengo pensada la única posible respuesta imaginable
y diles que te entregaste al puro amor,
diles también, por si acaso, que me aferré a unas caderas como mapa del mundo
y que pretendí impertinentemente cobijarme en tu cuerpo
desoladoramente incandescente como esquirla de acero
donde ubicarme en mi propia cartografía de alma acristalada
una y otra vez persistiendo hacia adentro
en amasijos de carnalidad cortante ininterrumpidamente sacudidor
con toda la violencia ruda de mi cuerpo y mis caderas
buscando tus orillas, buscándote, rebuscando en tu interior
la arena teñida de tus venas
entre los territorios laberínticos de tu alma y los meandros interiores
mucho más allá de tu piel para estar dentro de ti
protegido de ese frío indefinido de la vida,
un frío desgarrador como de acero
y diles con descaro que mi valentía fue poner picas y banderolas
cuando alcancé el territorio vedado de tu corazón,

porque ahora sabemos que no caben todos los muertos de un siglo en una sola página
de periódico y que los cadáveres se reproducen en su proporción geométrica
que las rotativas tan sólo manchan con el rojo de la connivencia
pues acabamos de enterarnos que del Maine a las Torres Gemelas de Nueva York
apenas transcurrieron unos leves pasos de historia
segundos de no nada, el tiempo suficiente para su voladura
un siglo ramplón reducido a los escombros de la memoria travestida
poco más o menos una hora fatídica y preñada de muerte
apenas unos leves instantes cuyos signos no son más que indicios de la primera ruinas
de un nuevo siglo que se adivina pródigo en cascotes y quebrantos
y que condensa con su acción en un solo acto a millones de seres con su hálito cortado
el semblante demudado, congelado de cuajo,
impávidos ante el monitor
en el cielo desdibujado de Nueva York definitivamente
con su *sky line* derruida sobre los escombros de esta vieja
y ya casi definitivamente absurda civilización



poema visual
de
Antonio Orihuela

LAS SIETE MUERTES DE DURRUTI

Antonio Orihuela

Cientos de miles acompañaban el 22 de noviembre de 1936 el féretro de Durruti... La participación es inmensa... El cortejo fúnebre rojinegro queda atascado entre la multitud, las escoltas no pueden ni siquiera formarse. En lugar de una, llegan dos orquestas, que además no tocan al mismo compás... el entierro tiene que ser pospuesto... no hubo ninguna disposición, todo sucedió de manera espontánea. Fue simplemente un entierro anarquista, y en ello radicó su majestad... Las masas no se movían de su sitio, habían ocupado ya todo el cementerio y bloqueado el camino hacia la tumba. Era difícil avanzar porque, para colmo, miles de coronas habían vuelto intransitables todos los paseos del cementerio. Cayó la noche. De nuevo empezó a llover. Pronto se desató una tormenta y el cementerio se convirtió en un pantano en el que se ahogaron las coronas. En el último minuto se decidió posponer el sepelio. Los portadores del féretro retornaron de la tumba y depositaron su carga en la capilla del camposanto. Durruti no fue sepultado hasta el día siguiente.

Durruti fue herido de muerte el 19 de noviembre de 1936 en las inmediaciones de la Ciudad Universitaria. Distintas versiones oscurecen este hecho y aportan poca claridad a lo que realmente sucedió. Así, para la historiografía franquista, Durruti fue asesinado por otro anarquista descontento de su situación en el frente. Explicación que se ha mantenido en la historiografía española hasta la actualidad con el apoyo de eminentes hispanistas como Hugh Thomas, Pierre Broué o Emile Témime. De otro lado, la exégesis libertaria, que tiene en Abel Paz uno de sus mayores representantes, libera al movimiento anarquista de toda culpa en la muerte de Durruti, dejando abierto el misterio e implicando, consecuentemente, a cualquiera de los dos enemigos que entonces tenía la CNT: El fascismo y el comunismo.

Walter Haubrich nos pone tras las pistas de una versión que se sustenta en las conversaciones mantenida a principios de los años setenta con testigos presenciales del hecho. Una ráfaga escupida, de súbito, por su naranjero, provocó el que Durruti fuera herido debido al mal funcionamiento de su propio fusil automático. Sus compañeros disimularon el accidente para no desmoralizar aún más a las tropas agobiadas con la proximidad de los fascistas, la falta de material bélico para contenerlos y la mala calidad de las armas que les llegaban al frente.

Durruti murió a las pocas horas. A un lado y otro del frente, esta muerte, así contada, era cuanto menos, poco heroica para construir la hagiografía que todos aspiraban hacer de él. Porque el mito ayuda a bien morir, como empezaba a querer ya el movimiento libertario español en aquel invierno de 1936; como profundamente deseaban todas las otras partes.

PARÁBOLA DEL FÜHRER (POR QUÉ LOS QUE ODIAN DEBEN MORIR)

José Luis Angeles

L'altro, se è veramente tale, nega il medesimo. Nessuna dialettica viene a capo di tale eccedenza dell'altro: quando l'altro entra *davvero* in scena, l'io con cui ci immedesimiamo viene scalificato, mutilato e infine rischia di essere cancellato.

—Pier Aldo Rovatti.

En la noche, una llamada a la puerta. Sin saber quién es, abro dispuesto a encontrar compañía. Mi cuerpo está quieto, de pie, ante mí. Cada uno a un lado del quicio. Reconozco en él todos mis rasgos. Sólo sus ojos, completamente en blanco, revelan una única diferencia. Articulo un aterrorizado «quién eres». Responde un ambiguo «tú mismo». Lo alejo de mi puerta con un violento empujón. Se aferra un instante a mi mano, luego retrocede. Oigo la risa o la voz de mi vecina de rellano. El cuerpo (sin duda no es más que mi cuerpo, ya que yo estoy del otro lado de la puerta) se restablece y retorna. No le puedo cerrar la puerta.

Asterisco: Abro la puerta con expectativas de cooperación que están predeterminadas. Del mismo modo que el que camina a ciegas se espera una superficie llana y lo que le sorprende es el encuentro de un escalón (y sólo entonces se da cuenta de que *esperaba* una superficie llana), mi apertura se produce desde la cooperación presupuesta. Esto precede a mi acción. Mejor dicho, es pre-activa y

pre-pasiva, ambos estados aún no están diferenciados. Al entrar en contacto con el Otro (en este caso el mero Cuerpo), el terror que me infunde me ha llevado a la no cooperación (pasiva) del estupor y del miedo. Cuando mi terror (fundado o infundado, según los casos) se alía con la preservación, paso a la obstaculización (activa) de *su* acción cooperativa. Agredo al Otro para estabilizar mi psique. Pero el resultado es inverso: el malestar es conmigo mismo, lo proyecto hacia él en función de un simbolismo que intento ocultarme.

Retención primera: La disipación (*mi* disipación) sobreviene ante la imagen que de mí y hacia mí proyecta el prójimo (en este caso, he oído la risa de una persona conocida), a quien reconozco como *Identidad Otra*. La disipación es la amenaza cumplida, el peligro consumado, calibrado en retraso. Este cuerpo que llama a mi puerta no es una amenaza, es una noticia. Me informa de lo irreversible. Me comunica que me disuelve, que me absorbe con él hacia la destrucción. Reconozco mi muerte en el Otro, en mi Cuerpo y en la Identidad Otra. Sólo en él o ella la veo actuar. Mi muerte es una (p)reconstrucción simbólica.

Retención segunda: Si el terror se alía con la preservación y, pese a todo, deseo creer que la amenaza no se ha cumplido, que puedo aún evitar la inmediatez de la presencia de mi cadáver, encontraré que éste es disfraz de la Identidad Otra, a quien hago culpable de todo. Esto me tranquiliza momentáneamente.

amente antes de la próxima re-presentación del Cuerpo. Me aterroriza no percibir en él Diferencia. El Enemigo me ha enviado una imagen ciega de mí mismo, una imagen cuya ceguera le impide responder a mi hostilidad y al empujón que le propino (terrible instante éste, en que al establecer contacto físico no puedo sino constatar que le he expedido un certificado de existencia). Su presencia, en último término, responde a mi malestar por autorreprimirme frente al Enemigo.

Retención tercera: Al Yo sólo lo anula su Doble exacto. Tanto más si es su Doble muerto, es decir, su imagen de la muerte (simbólica: la representación que hace de su disipación). Ésta es resultado de cómo percibe el Yo la imagen que de él mismo proyecta la Identidad Otra. El Doble exacto que ante mí viene muestra que estoy, sin saberlo, en el estado en que se me presenta. Produce la siniestra interrogación por el espacio desde el que lo miro. A él lo puedo ver. No puedo ver el espacio desde el que miro. Él es más real.

Retención cuarta: Los ojos en blanco, porque la muerte es ciega. Ni conoce (ni ve) ni puede ser reconocida. No veo la muerte, sino *a mí* en la muerte. Corporeízo lo irrepresentable para que deje de serlo.

Comentario: Queremos y/o creemos poseer la identidad, pero sin mirarla nunca. La manera específica en que la identidad se posee es *Ser* (sin función atributiva, porque *Ser* subsume los componentes verbales y sustantivos, es previo a su división). *Ser* es un mecanismo cuya estaticidad le preserva de ser detenido. Es autorregulador: nada ni nadie lo ha puesto en marcha, precisamente porque es estático. Es autopreservador: nada ni nadie lo podrá detener. Su visión nos espantaría. Contemplar la identidad (que no se transforma) sería poner ante la vista al Yo, exteriorizarlo. Sería matarlo (la muerte no se

transforma/en la muerte uno no se transforma). Del morir tengo la experiencia visual de mi prójimo. De la muerte tengo sólo experiencia simbólica. Así de la identidad. Contemplar la identidad, o la muerte (sólo contemplamos a alguien muerto), es imposible: el desdoblamiento necesario revelaría que lo contemplado no puede ser idéntico (el mismo ente). Sólo se percibe la Diferencia. El Yo sólo existe como Otro.

¿A quién mandamos a la hoguera?: ¿Quién es el Enemigo que todo esto ha urdido? El cuerpo inerte que ante mí se presenta (se hace presencia *ahí* y no *aquí*) es el portador de la noticia o es el verdugo. La in/diferencia que muestra me indigna, él acata. Pero en cualquier caso es un intermediario. Al rechazarlo, reconozco en él a la Identidad Otra. La unión de ambos explica que el Enemigo es la visión de mi Yo que la Identidad Otra me transmite. Pero ahí no termina: yo elaboro esa visión, colaboro con ella. Yo (el sujeto del verbo «elaboro») también soy parte del Enemigo.

Yo, Otro, Doble: cuestión de grados. No incompatibilidad. No *exclusividad*.

Y cuando llegue la muerte la miraré a los ojos, conocedor de su irreversible ceguera.

—Manuel Vázquez Montalbán,
Autobiografía del general Franco.

fragmentos de CONSTRUCCIÓN DE LA GUARIDA

Marcos Taracido

(...)

Me dan miedo las piedras.
 Hay una piedra para cada muerto.
 Las piedras son cadáveres eternos:
 miro las rocas y los pedregales
 y me pregunto cuántos muertos contemplaron:
 materia labrada por milenios,
 en cada rugosidad descansan siglos.
 Se mistifican dioses monstruos alegorías del
 mundo,
 y se mata por ellos, se extermina, se tortura.
 Y dios es la piedra que contempla el mundo,
 la que rompe las gotas de la lluvia,
 la que cede el espacio a los arbustos,
 la que amortigua los picos de los pájaros,
 la que abre como granadas las cabezas,
 la que forja las murallas en los cementerios,
 la piedra que llevamos en los puños,
 las que labra la lengua y las arroja,
 la que crece en el vientre,
 la que erige los pezones,
 la piedra que utilizamos como yesca para
 encender el fuego,
 la que llevamos en la boca cuando amamos,
 la que partimos cuando amamos,
 la que se esparce en arena cuando toco tu
 cuerpo,
 la que brota manantial cuando lamo tu cuerpo,
 la que guarda el esperma cuando soy tu cuer-
 po,
 y tú eres sabana de piedra, y el círculo es la
 piedra,
 y la muerte es una piedra desmenuzada en el
 desierto
 al que siempre, algún día, arribaremos juntos.

(...)

Lleva alfileres en los ojos
 el arquitecto de los cementerios.
 Lleva los pies roídos hasta los tobillos.

En los retretes conoció al fisiólogo
 y trabajaron juntos en los arrabales del
 hombre:
 ambos creyeron en la belleza del mundo.

Conocieron el llanto de los que no se
 mueren,
 la pasión de los músculos en las convul-
 siones,
 la lentitud, la precisión de la violencia.

Escucharon palabras soeces de los
 muertos,
 la rigidez en los chasquidos de los hue-
 sos,
 la piedad barata de supermercado.

(...)

AQUÍ: LA HIEDRA

Julia López de Briñas

La hiedra
desmesura sus raíces
en la sombra,
se nutre
en el ascenso:
Cuenta,
desde el olvido,
la estremecida
muerte
de otras hojas.

Aquí,
amaneceres rotos
entre tus labios detenidos.
La palabra se ha hecho
hueca en tu voz: noche
sin tregua igual a ti,
igual a otros, todavía
apenas un refugio.
Al enclave del miedo,
acude
con dedos ávidos de enlaces.

DEL LADO NORTE

Mejor no ver
la tarde en las heridas
del silencio reclina
ahora el párpado donde
haga menos daño
afirmar la piel

ENCUENTRO

Mordedura de soledad.
Ilusión de
contienda:
los cuerpos que
aún avanzan.
Aquí,
el encuentro: espacio
despoblado todavía.

Densidad
será entonces
incendiar los labios
hasta llegar el día;
el silencio,
bramar como el océano. Amar
es nuestra resistencia.

En la Biblioteca del MLRS podéis encontrar los números anteriores:

www.nodo50.org/mlrs/Biblioteca/Biblioframe.htm

«LUNAS ROJAS (1_a)»: **jorge riechmann**: el enigma del 2 # **manuel rico**: el poeta delgado # **salustiano martín**: de nuevo hitler... # **josé luis ángeles**: tropiezo con los sistemas # **enrique falcón**: una estética del delito # **vicente Muñoz Álvarez**: los que vienen detrás # **isabel Pérez Montalbán**: selección poética # **julia López de Briñas**: luz contra el cristal #

abril
junio
2001

«LUNAS ROJAS (1_b)»: **josé luis ángeles**: la historia literaria como productora de patrones ideológicos # **enrique falcón**: sección XII / 3 de la marcha de 150.000.000 # **violeta c. rangel**: cárgalo a mi cuenta # **isabel picazo**: ¿qué otra cosa podemos hacer sino darnos abrigo? # **antonio méndez rubio**: freestate, en la trastienda del escalofrío # **julia López de Briñas**: selección poética # **isabel picazo**: los desplazamientos de maría virtudes # **josé luis ángeles**: selección poética # **m^a ángeles maeso**: de tratado de la periferia # **david gonzález**: selección poética #

octubre
diciembre
2001

«LUNAS ROJAS (2_a)»: **josu montero**: cuatro miradas para un estremecimiento # **david eloy rodríguez**: poemas de la escritura de la sangre # **pedro g. romero**: falangita del anular de la mano izquierda # **david méndez**: nada cambia # **antonio orihuela**: para una teoría de la identidad # **josé luis ángeles**: sustituto de ruedas para höpfler # **eladio orta**: poemas del traductor del médium #

«LUNAS ROJAS (2_b)»: **antonio méndez rubio**: el pasaje / trasluz # **salustiano martín**: poemas de g. winstanley # **josu montero**: punk & tao # **juan pedro garcía**: fotoversos de mangiatori di prezzi # **josé luis ángeles**: mil maneras poco gloriosas de pasar a la historia # **iván mariscal chicano**: cartografías # **taller de escritura errekaortu gaztetxea**: graffitis en busca de una pared # **antonio orihuela**: selección de poemas #

☐ SUMARIO (3_a) abril 2002 :

jorge picó: demasiado humano para ser verdad # **antonio orihuela**: capital # **santiago aguaded landero**: poemas de materia prima # **enrique falcón**: sobre los muertos # **virgilio tortosa**: algo huele a podrido # **jorge juan martínez**: la afección / la piscina #



redacción y
nudos de distribución:

jangeles@unf.edu #
jlopezd1@pie.xtec.es #
Virgilio.Tortosa@ua.es #
quiquefalcon@ctv.es